

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA Á LAS CLASES TRABAJADORAS.

LECTURAS POPULARES

PRIMERA COLECCION DE LOS ARTICULOS
DE

«LA LECTURA POPULAR»

CON UN PRÓLOGO DE DON FELIX SARDÁ Y
SALVANY.

Esta obra se halla de venta en las principales librerías al precio de **una peseta** en toda España, franca de porte. Al que tome **doce** ejemplares se le regalarán **dos**, y al que tome **ciento** se le regalarán **veinte**.

Los pedidos, acompañados *precisamente* de su importe, al Editor, **D. José del Ojo y Gómez**, calle de San Bernardino, 10, segundo, derecha, **Madrid**.

ADVERTENCIA

Se ha puesto á la venta el **segundo** tomo en las mismas condiciones que el **primero**.

SECCION RECREATIVA.

CIENCIA VERDADERA

—Amigo Matraca: ofreció usted hace mucho tiempo demostrar que los hombres grandes fueron siempre muy piadosos, y quisiera ver como sale usted del apuro. Hora es ya de que cumpla usted la palabra. No vaya usted á ser como los relojes de sol que apuntan y no dan.

—No, Blas; yo apunto y doy, y además hago blanco. Ofrecí probarte que los hombres verdaderamente sabios fueron siempre hombres de fé y te lo cumpliré. De esta manera caerás del asno que montas, tú y muchos como tú, que creen que la ciencia está reñida con la religion.

—Yo, como cigo á todos los que hoy se la echan de sabios decir que no creen en nada.

—Porque esos sabios, saben tanto como mi suela de zapato.

—Hombre, no diga usted eso.

—Lo digo porque veo que hacen lo que la suela, recoger lo que á otro se le cae despues de haberlo estropeado.

—¡Tio Matraca!

—Lo que tú oyes. Esos individuos que hoy hacen tanto ruido valiéndose del bombo de la prensa moderna, (instrumento dispuesto á dar serenatas á todo el que las paga), esos individuos, digo, no suelen ser sino unos cursi del saber

humano que se han dedicado á fabricar lentejuelas con oro ageno para brillar á poca costa.

—Los hay que saben mucho.

—Si, mucho... de lo que otros inventaron. ¿Y te parece que por eso pueden decir ya que son más sabios que los mismos inventores?

—No por cierto.

—Pues entonces, juzga lo que deberemos pensar de unos mamarrachos que no llegando al zapato de los grandes maestros se atreven, sin embargo á enmendarles la plana blasfemando del Dios que aquellos adoraron con toda su alma, y de la religion que aquellos reconocieron por única verdadera.

—Talvez estos hayan descubierto alguna cosa nueva.

—Sí, la osa mayor. ¡Infeliz! ¿Tu sabes lo que estos han descubierto?

—Que.

—El arte de medrar á costa de los tontos y el de hacerse ricos á costa de los malvados. Es decir, el arte de cambiar blasfemias por monedas de perro grande. Esa es la ciencia nueva que han inventado los sabios que tú admiras. Ese es el arte que han descubierto todos esos que escriben los periódicos que tú lees. Y sinó dime fuera de la impiedad, ¿en qué sobresale esa gente? ¿donde están sus obras maestras y sus grandes descubrimientos? En ninguna parte.

—Hombre no diga usted eso; unos saben matemáticas, otros astronomía otros física, otros química...

—Si, unos saben las matemáticas que desarrolló Pascal, otros la astronomía que descubrió Keplero, otros la física que adivinó Neuton, otros la química que fundó Liebig.

—Bien, ¿y qué quiere usted decir con eso?

—Que los tales *sabios* son simplemente unas medianías y que por lo mismo debían tener menos orgullo y más sentido comun.

—¡Sentido comun!

—Sí, sentido comun, que es el sentido que enseña á los cortos de vista á dejarse guiar por los que la tienen más larga.

Neuton, Keplero, Liebig y Pascal, vieron claros los fundamentos en que descansan las verdades de la fé, y con

todo su talento asintieron á ellas ¿Quiénes son ahora estos cegatos para negarlas y negarlas en nombre de la ciencia?

—De manera que usted sigue creyendo que los grandes genios fueron hombres de fé.

—Lo creo y tú tambien lo creerás cuando veas como se espresaron: Escucha á Keplero. Oye lo que decía este genio que descubrió la órbita de los planetas.

«Os doy gracias, Creador mio y Señor mio, por haberme procurado tal alegría en el estudio de vuestra creacion. He dado á conocer á los hombres la magnificencia de vuestras obras en todo aquello que mi espíritu limitado ha podido comprender de vuestra inmensidad. Si algo he dicho, Señor, que sea indigno de Vos, si he dado alguna cabida á las satisfacciones del amor propio perdonádmelo misericordiosamente.»

—Hombre, piadoso era el tal Keplero.

—Como que tenía verdadero talento. Oye ahora al eminente Humfri Dawy, uno de los sabios que más contribuyeron al desarrollo de la física moderna.

«La influencia de la religion (decía) sobrevive á todas las alegrías terrestres y gana fuerza á medida que los órganos envejecen y el cuerpo se aproxima á su disolucion. Semeja á la estrella resplandeciente de la tarde que brilla en el horizonte de la vida, y estamos bien seguros vendrá á ser la estrella de la mañana en otra vida, es decir, despues que haya enviado sus rayos á traves de la muerte.»

Luego añadía:

«El hombre se hace mejor á medida que se hace más sabio; sube á la vez las gradas de la ciencia que las de la virtud. Cuanto más adelante penetra su mirada en los misterios de la ciencia, más se llena su corazon de una fé sublime.»

—Eso querrá decir, que cuanto más claro vé más fé tiene?

—Justo.

—Entonces ¿por qué algunos hombres son tan incrédulos?

—Porque tienen turbio el cristal del corazon, pue es por donde entra la luz en el alma. (1)

(1) Que es por lo que dijo Jesucristo: «Bienaventurados los limpios de corazon, porque ellos verán á Dios.»

Pero sigamos adelante. Oye ahora á Oersted, el que descubrió las relaciones entre el magnetismo y la electricidad: «Gran cosa es. (decía), la gloria de la inmortalidad, pero si no se halla sostenida por la esperanza de una inmortalidad más alta, si no es reflejo de una vida eterna, ¿qué otra cosa sería que una vana ilusión?»

—También era hombre de fé.

—Pues Ampere, el célebre químico, la tenía tan arraigada que al morir, habiéndole querido leer un pasaje de la imitación de Cristo, contestó: «Se todo ese libro porque lo llevo impreso en mi corazón.»

—Vaya... veo que la gente gorda creía á puño cerrado.

—Pues no he acabado aun. Mira el epitafio que compuso Copérnico para su sepultura:

«Señor no pido una gracia igual á la de Pablo, ni pido tampoco el perdón de Pedro, solo imploro fervientemente el que otorgasteis al ladrón en el madero de la cruz.»

—Caracoles.

—Pues aun queda otro: aun queda Linneo, uno de los primeros naturalistas del mundo:

«Despierto, exclamaba, ví pasar á un Dios sempiterno, inmenso, omnisciente, omnipotente y me quedé asombrado.»

Y Kiehmeyer espresaba así su opinion acerca de la inmortalidad del alma:

«Hay en el hombre muchas cosas que se pierden; pero todo lo que pertenece al espíritu, se ha hecho para vivir eternamente.»

En fin ¿para qué he de cansarte? Baste añadirte que no ha habido ningun sabio verdadero, que no haya unido la sabiduría á la piedad.

—Pero, diga usted, tío Matraca, y todos esos genios de quien tanto se ha hablado en el mundo, como Buffon, Cuvier, Franklin, Boherave, Hoffman, Volta, Galvani, Humbelt, ¿tenían también fé?

—Todos la tenían y de ella dejaron bellisimas pruebas.

—Y aquellos célebres literatos y poetas que se llamaron Goethe, Dante, Petrarca Cervantes, Camoens Tasso...

—Todos reconocieron las verdades de la religion; diré más: aun los mismos incrédulos célebres que las atacaron, cuando su orgullo les dejó una tregua, bajaron la cabeza. Ahí está Rousseau, Voltaire, Napoleon, Proudon y otros mil.

En fin, sería el cuento de nunca acabar, porque podría multiplicar las citas hasta el infinito.

—Pues multiplíquelas usted.

—No, que sería cansarte. Acabaré diciéndote solo lo que decía Eusebio:

«Toda la vida humana descansa en la fé y en la esperanza.»

Y lo que decía Teodoreto:

«No podemos llegar á saber nada sin haber creído antes.»

Y lo que decía Séneca:

«La vida individual y la social... están subordinadas á la fé, pues por la fé adquiere el hombre la certeza sobre la mayor parte de las cosas.

Y lo que decía Grocio:

«Suprimid la fé y desaparecerá la historia.»

Y lo que decía Pascal:

«Débil debe ser la razon del que no cree más que lo que comprende, porque es que no ha comprendido que hay cosas incomprendibles.»

Y lo que decía Platon:....

—¡Cáscaras! tío Matraca; y decía usted que no multiplicaba.

—Pues me queda muchísimo, hijo mio, y podría continuar aun multiplicando.

—No hay necesidad, tío Matraca, no hay necesidad. Estoy convencido que los hombres de verdadero talento no han sido incrédulos. Pero digo yo; ¿los talentos modernos han sido lo mismo?

—Lo mismo exactamente.

No ha mucho moría el célebre químico Dumas y poco antes de morir exclamaba ante la academia de Ciencias de Paris: «Señores, cuando á mayor altura llega la ciencia en el descubrimiento de las leyes de la naturaleza... vé con toda claridad que hay algo que la aventaja y que ese algo es la fé del carbonero que cree sin sombra de duda todo lo que le ha enseñado el catolicismo y el cura de su aldea.»

—¡Canastos! este si que era francote.

—Pues era uno de los primeros químicos del mundo.

Lo mismo que el célebre Mr. Pasteur el gran inventor del contraveneno para curar la rabia, el hombre que con sus descubrimientos está hoy llamando la atencion de Europa entera y que sin embargo no se desdeñaba hace algunos meses, de dar pruebas de su fé y de su piedad, llevando una luz en una procesion de la Santísima Virgen. Pregunto yo, Blas, ¿será que esos hombres harán eso porque saben poco?

—No.

—Luego lo hacen porque saben mucho.

—No hay duda.

—Pues entonces, ¿qué merecen los que sin poder llegarles al zapato se empeñan en tocar el bombo de la ciencia

para hacernos creer que todo es mentira?

Pero, no, no es eso lo que ellos buscan al tocar el bombo. Lo que ellos buscan es otra cosa. Son los cuartos. Han visto que el publicar periódicos de á perro grande, con mamarrachos pintados, diciendo que no hay Dios, produce mucho y se han dedicado todos á blasfemar á jornal.

¡Ah farsantes! Y esos son los que dicen que van á ilustrar al pueblo.

Buenas ilustraciones

nos van trayendo los Júdas de á diez céntimos que ván saliendo; ¿Quién había visto, por un perro sin rabo vender á Cristo?

Y esos son los maestros de la gran ciencia, que ofrecen ilustrarnos con su experiencia; los que aseveran quo no existe el infierno, eso quisieran.

A. C. y G.

SANTA POBREZA.

Bienaventurados los pobres.
S. Mateo.

Nada hay en el mundo que asuste y horrorize mas á los hombres que el oír hablar de la pobreza; de ella huyen como de un apestado, y se valen de medios hasta indignos y rastroeros con tal de no ser victimas, como ellos dicen, de tan temible contagio. Ello no obstante, lo que los hombres aborrecen, nuestra religion lo ama; lo que el mundo mira con desden y desprecio, el catolicismo lo ensalza y engrandece. Si se duda de esta verdad, ábrase el Evangelio y en él se verá á la pobreza ocupando el primer lugar en el número de las bienaventuranzas; en él se verá que no es una bajeza ni una mengua el ser pobre, sino que es la divisa más honorífica que puede ostentar en su pecho quien se precie de cristiano y discípulo de Jesucristo. Si, «bienaventurados los pobres» dijo nuestro Redentor en el magnífico sermon del monte, «porque de ellos es el reino de los Cielos». Mas aquí es necesario desvanecer una preocupacion perniciosa que desgraciadamente cuenta con algunos, por no decir muchos, prosélitos: Se juzga con fundamento, que por el mero hecho de ser pobre, ya se tiene un derecho á la bienaventuranza, y semejante asercion no puede sostenerse sin incurrir en la nota de heregía; pues entonces sería preciso admitir que todo el que sufra las privaciones de la indigencia, aunque sea un hombre blasfemo, impío ó libertino, ya puede contarse en el número de los predeterminados. No, solo los pobres de espíritu (y en este número pueden entrar hasta los que

SECCION INSTRUCTIVA.

ESTUDIOS POPULARES

DE HISTORIA SAGRADA.

(Continuacion.)

37. La mujer cananea.

Sed sufridos en la tribulacion,
y constante en la oracion.
Romanos 12. 12.

Jesús se fué tambien á la tierra de Tiro y de Sidon, en cuyos paises vivian descendientes gentiles de los Cananeos, que en otro tiempo estaban establecidos en la tierra de promision. Presentósele allí un día una muger cananea la cual exclamó: «¡Señor, hijo de David, ten piedad de mí, que mi hija se vé atormentada cruelmente por el demonio!» Pero Jesús no respondió nada, y como ella continuase clamando y los discípulos intercediesen por ella, contestó Jesús: «Yo no he enviado, sino á las ovejas descarriadas de la casa de Israel. «Pero la muger se llegó á él, y postrándose á sus piés, le dijo: «¡Señor socórremel» Jesús, queriendo poner aun más á prueba la fé de esta muger replicó: «No es justo quitar el pan á los hijos y echarle á los perros.» Pero la muger dijo: «Es verdad, Señor, pero los perrillos comen al menos las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces la dijo Jesús: «¡Oh muger, grande es tu fé, hágase como tu deseas!» Y en aquella misma hora quedó curada su hija.

Jesús encuentra fé entre los gentiles de Tiro y de Sidon, tal como Jonás la halló entre los paganos de Nínive.

36. Jesús confiere á San Pedro el poder supremo de la Iglesia.

Todo el mundo nos ha de considerar como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios.
1. Corintios 4. 1.

Viniendo después Jesús al territorio de Cesarea de Filipo, preguntó á sus discípulos: «¿Por quién me tienen las gentes?» Respondieron ellos: «Unos dicen que eres Juan Bautista; otros: Elías; otros en fin, Jeremías, ó alguno de los profetas.» Díceles Jesús: «¿Y vosotros por quién me teneis?» Tomando la palabra *Simon Pedro* respondió: «Tú eres el Cristo, Hijo de Dios!» Jesús replicó: «Bienaventurado eres tú, Simon, hijo de Jonás, pues ni la carne, ni la sangre te ha revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos. Por lo tanto te digo: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas infierno no prevalecerán contra ella. Yo te daré las llaves del reino de los cielos.

Todo lo que atares en la tierra, quedará tambien atado en los cielos, y cuanto tú desatares en la tierra, quedará tambien desatado en los cielos.»

Jesús escoge á *San Pedro por piedra fundamental*, es decir por cabeza de su Iglesia. La indestructibilidad, que el Salvador ha asegurado á su Iglesia, se ha conservado, en medio de todas las tempestades, durante casi dos mil años.

VARIEDADES

HISTORIA DE UNOS CALZONES.

—Un cura de un pueblecito volvía una tarde á su casa. Andando, andando, rezaba en su breviario. Dos jóvenes oficiales, cuya compañía estaba acuartelada en otro pueblo inmediato, venían por el camino. Se burlaron al pasar junto al sacerdote, que continuaba su oracion, y como llevaban un buen paso, muy pronto le dejaron bastante atras. Comenzaron á hablar de religion, ó por mejor decir, de irreligion.

—No, no quiero á los curas, decía uno de ellos.

—Ni yo, decía el otro.

—No creen lo que dicen.

—Ese es su oficio.

—La religion sólo es buena para las mugeres.

—O para chiquillos.

—No son mejores los devotos que los que no lo son.

—Al contrario son los peores.

—Más limosnas se hacen al salir del teatro, que al salir de misa, etc., etc.

Esta edificante conversacion fué interrumpida por la vez de un mendigo, sentado cerca de unos zarzales: los dos militares le dieron algunos cuartos. El infeliz estaba casi desnudo, pálido, demacrado, desfallecido...

—Apuesto, dijo uno de los oficiales, á que el cura no le da nada.

—Esperémonos para verlo.

—Sí, pero escondámonos, porque estas gentes hacen el bien cuando los demás lo ven: sería capaz de dar algo sólo porque lo viéramos. Ven, pongámonos detrás de esas zarzas. Estaremos en primera fila de butacas.

Tres ó cuatro minutos después llegó el cura, siempre rezando en su breviario. El pobre le pidió una limosna... El cura levantó los ojos, cerró su libro y se acercó al pobre:

—¡Ay de mí! hermano dijo el cura registrando su bolsillo, creo que no tengo nada...

Los dos amigos se tocaron con el codo.

—Bien decía yo, dijo uno de ellos.

El cura buscaba por todos lados; no llevaba dinero.

—No tengo nada; lo siento en el alma, repito. Pero viendo la desnudez del mendigo: ¿No tienes nada para cubrirte?

—No, mi buen señor.

—Entonces espérate.

Puso su libro en tierra, miró por todos lados para ver si alguien le observaba, desapareció por un momento, y volvió, trayendo en sus manos la indispensable vestidura, que un inglés no osaría

poseen riquezas en abundancia), solo aquellos que renuncian con el espíritu y el corazón las cosas temporales, y se despojan voluntariamente de las aficiones desordenadas, y están dispuestos á sacrificarlo todo, hasta su vida, antes que hacer traición á la religion sacrosanta que profesan, solo estos, repito, entrarán en el número de los bienaventurados y tendrán un derecho al reino de los Cielos. Añádase á lo dicho, que si no hay gloria mayor para un discípulo que asemejarse lo posible á su maestro, no hay duda que abrazando el cristiano con amor la pobreza, se aproximará más y más á su Divino Modelo, cuya vida vióse toda marcada con las huellas de la indigencia. En efecto, nuestro buen Jesús, el Hijo de Dios, la más alta inteligencia, el más hermoso carácter que jamás haya visto el mundo, nació nada menos que en un miserable pesebre, sin más abrigo que unas pobres pajas y el calor que le comunicaron dos bestias. En su juventud ejerció un humilde oficio con su padre adoptivo, ganando el pan con el trabajo de sus manos. Durante los tres años de su predicacion comía de limosna sin tener casa propia ni donde reclinar su angustísima cabeza. Escogió además discípulos pobres, acompañóse con pobres, amó los desprecios, y finalmente cuando murió llegó á tal extremo su pobreza, que arrancándole los verdugos sus vestiduras, le clavaron desnudo en una cruz.

Después de estos preciosos datos, ningún cristiano desmaye si sufre algun tanto los rigores de la pobreza, toda vez que Jesucristo, infinitamente rico, abrazó con tanta alegría lo que el mundo mira con tanto horror. No aparte el pobre su mirada de su Divino Fundador, y de seguro que las mismas espinas de que está sembrada la vida, se le convertirán en flores hermosísimas; entonces se convencerá de que la pobreza más que un castigo es muchas veces una espiacion pasajera de sus faltas, espiacion á que Dios le somete en esta vida para que no tenga que espiar nada en la otra.

Finalmente, recuerde el pobre para su consuelo, que el Dios que ama es el Dios que en esta vida aflige, mortifica y humilla, como el herrero que golpea el hierro con el martillo para ponerle más compacto y lustroso: es el generoso jefe de ejército que empeña al soldado en una accion peligrosa, para poder en seguida concederle el premio, es el platero que pone el oro en el crisol candente para hacerle más puro; es el padre que castiga al hijo para hacerle más prudente y más digno de su herencia y de su amor. En una palabra, Dios nos quiere pobres en la vida, para que seamos ricos por toda una eternidad. Si, pues, somos católicos ó hijos de la cruz, amemos la pobreza sin envidiar jamás las riquezas del mundo; no nos quejemos de nuestras aficciones y penalidades: esas penas y esas aficciones solo podrán contristarnos algunos dias, algunas horas, y en la muerte, que no está lejos, se trocarán en un goce eterno.

Hojas doctrinales.

no obrar, que un buen español llama seacillamente... sus calzones.

—Tome, hermano mio,—le dijo al desdichado presentándoseles.—Al menos con esto tendrá para cubrir un poco su desnudez. No hable de esto á nadie y ruegue á Dios por mi.

El pobre tomó los pantalones, y dió las gracias al cura, que envuelto en su sotana, continuó su camino y su rezo...

Al día siguiente fueron á confesarse los dos jóvenes oficiales: la sencilla caridad del buen sacerdote había convertido dos almas.

Decía no ha mucho un periódico liberal:

«Los Padres trapenses están haciendo en las campiñas próximas á Roma verdaderas maravillas: en aquellos malsanos lugares abandonados largo tiempo, florecen hoy viñas, árboles frutales y eucaliptus, haciendo saltar con dinamita rocas y capas de lava que esterilizaban toda aquella zona.»

Pues hombre,decimos nosotros: ¿no decís que esos frailes son tan holgazanes? ¿En qué quedamos?

NO SOY DIGNA

Señor, yo no soy digna

de que en la vil morada

De mi abatido pecho

te llegues á hospedar;

En tu presencia santa,

soy pobre y desgraciada,

Soy átomo impalpable,

soy menos que la nada...

¿Cómo puedo

llegarme hasta tu altar.

¡Señor, yo no soy digna...!

Los cielos y la tierra

Tu inmensidad sublime

no pueden contener;

Es polvo cuanto el orbe

de noble y grande encierra

Si á Ti se le compara;

tu majestad me aterra.

¡Tu majestad inmensa

no llevo á comprender...!

¡Señor, yo no soy digna...!

Pero con ansia ardiente,

Con gran afán te busca.

te llama el corazón...

Señor, una palabra

pronuncia solamente,

Y el alma recobrando

sus fuerzas de repente,

Te rendirá entusiasta

sublime adoración.

¡Oh grandes maravillas,

misterio soberano

De amor, de paz, de gloria,

de santa caridad!

¡Oh dulce Sacramento

que al pobre sér humano

Infundes nueva vida,
y desde el polvo vano
Lo elevas hasta el cielo
con noble majestad!

—
Cuando asombrada admiro
la gloria que atesoras,
Y al hombre comunicas
con infinito amor,
Olvidome del mundo,
deslizanse las horas
Veloces como el rayo...
y dulces, seductoras
Visiones inefables
consuelan mi dolor.

—
Entonces aborrezco
lo que antes adoraba.
Conozco lo que vales,
comprendo lo que soy.
Suspiro por la dicha
feliz que no se acaba...
Recuerdo que tu gracia
constante me llamaba
Desde mi edad temprana...
y el corazón te doy.

—
Señor, como ninguna
soy pobre en tu presencia.
Desnuda de virtudes,
en Ti las hallaré...
Mi pequeñez es tanta
cual es Tu omnipotencia;
Pero te adoro humilde,
y toda mi existencia
La diera por tu gloria,
que siempre ambicioné.

—
Ven, pues, delicia para
del corazón ardiente,
Encanto de los ángeles
que entorno del altar
Te adoro noche y día...
con ansiedad creciente
Te busco fatigada
Señor Omnipotente:
Tú sólo eres quien puede
mi espíritu llenar.

—
Grateza incomprensible.
desciende hasta la nada.
Desciende hasta tu sierva
y olévala hasta Ti;
¡Oh! ven, dulce consuelo
del alma acongojada.
La vida de mi vida,
la prenda idolatrada
Del alma que te adora
co vivo frenesi...

—
Ven y reposa amante
dentro del pecho mio;
Animame en la lucha
terrible contra el mal,
Sostenme si vacilo,
que en tu bondad confío:

Bajo tu dulce amparo
las penas desafío,
Y espero resignada
la gloria celestial.

—
Ven, y con flecha ardiente
mi corazón hiriendo,
Despréndeme de todo,
consume en mí tu unión,
Que amante cual ninguna
feliz vaya siguiendo
La huella de Tu planta;
¡Señor, haz que existiendo
Tan sólo para amarte,
repose el corazón!

—
Y quo al llegar la muerte,
la dulce mensajera
Que nacie sin espanto
contempla junto á sí,
Gozosa te reciba
con dicha placentera,
Dulcísimo amor mio,
para que alegre muera...
¡La muerte de la vida,
pues nos acerca á Ti...!

MÁXIMA CRISTIANA.

Camina por la senda de la virtud y Dios te protegerá.

VIDA DE S. IGNACIO DE LOYOLA

Por el P. Pedro Rivadeneira

Recomendamos la lectura de este hermoso libro del que los Sres. viuda ó hijos de Subirana de Barcelona acaban de hacer una segunda edición elegantemente impresa y encuadrada en tela que se vende al precio de 20 rs. en la mencionada casa editorial.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones medias, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA

Una acción. 4 ptas. mensuales.

Media 2 » »

Un cuarto id. 1 » »

Un octavo id. 50 cént.

Por medio de corresponsal 25 cént. de peseta más por acción.

Se suscribe en la dirección de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5 bajo, y en todas las librerías católicas de la Península y en Cuba, «La Historia», Remedios.